

## **El joven en la producción de las ciencias sociales: Perspectivas e imágenes**

*Osmar Gonzáles*

*Martín Tanaka*

*Luis Nauca*

*Sandro Ventura\**

¿Es posible entender la realidad juvenil sin, a su vez, procurar una lectura del país en su conjunto? A partir del recorrido por la literatura existente sobre la juventud nos dimos cuenta que ello no es posible. Que todo acercamiento a la problemática juvenil contiene, de manera explícita o implícita, una lectura del Perú. Más aún, que muchas veces el acercamiento a lo primero supone ya un análisis y un diagnóstico previo de la situación nacional al cual, a partir de la juventud como preocupación, se trata de llegar para corroborar los presupuestos ya establecidos.

Así, al recorrer los textos sobre el tema específico de la juventud, fuimos hurgando también en las diferentes vías existentes para interpretar la crisis nacional. Por ello, al intentar clasificar las perspectivas desde las cuales se aborda a la juventud intentábamos a su vez un ordenamiento de las perspectivas de análisis sobre el propio país.

Pero en el intento se nos presentó una primera dificultad. ¿Con qué criterios evaluar una producción intelectual que toca distintas temáticas, recoge diversas evidencias y que las procesa, en muchos casos, de manera compartimentalizada sin entenderlas como partes de procesos globales?

Luego de la revisión bibliográfica decidimos agrupar los distintos trabajos en relación a lo que se puede considerar el aspecto central de atención desde el cual se

---

\* En: Gonzales, Osmar; Tanaka, Martín; Nauca, Luis; Ventura, Sandro. *Normal Nomás. Los Jóvenes en el Perú de Hoy*, Capítulo I, Instituto Democracia y Socialismo-CIDAP-CEDHIP, Lima, 1991, pp. 15-50.

ordena todo el análisis, que tiene pretensiones de globalidad y que orienta su apuesta principal, ya sea intelectual o política, o ambas a la vez.

Es así que encontramos tres grandes **perspectivas**<sup>1</sup> de análisis: una primera sería aquella que relievra las prácticas colectivas y los distintos espacios organizativos populares, que llamamos tomando el término acuñado por Rolando Ames, perspectiva del "**protagonismo popular**", y que los considera como parte de una sociedad civil construida desde abajo, el eje desde el cual se estructura el mundo popular. Así, en el estudio de la juventud popular se privilegia a aquellos jóvenes en tanto miembros de organizaciones y las potencialidades que supuestamente "encarnan". Es necesario destacar que esta perspectiva está entroncada con los grandes movimientos populares de mediados y fines de la década del 70 contra la dictadura militar, en los que, efectivamente, la experiencia organizativa en diferentes sectores del pueblo aparece fundamental y que respaldan al optimismo de esta perspectiva. Luego, con la victoria de Izquierda Unida en las elecciones municipales de 1983, empieza a gestarse una expectativa de representación política del movimiento popular. Expectativa frustrada luego de la división de la izquierda nacional.

Pero, posteriormente, la agudización extrema de la crisis económica, la constatación más evidente de signos de descomposición y anomia, que relajan las reglas mínimas de convivencia, más la expansión de la violencia, que no es sólo la que portan los subversivos, sino que corroe las relaciones cotidianas mismas, hacen que la mirada sobre el país cambie de eje y se empiecen a enfatizar aquellos elementos que favorecen a la **desestructuración**. Esta se vuelve en la clave de la segunda perspectiva de análisis que reseñamos en el presente capítulo y que puede ser considerada, para el caso de los trabajos sobre juventud, la tendencia mayoritaria. En ésta se relaciona la juventud con crisis, dispersión, desamparo, falta de oportunidades, expectativas frustradas, criticidad, distancia y falta de solidaridad con las instituciones, etc.

Si bien son dos perspectivas que no se pueden considerar como alternativas, sino que básicamente responden a lecturas de procesos sociales distintos, tampoco es posible afirmar que son absolutamente correlativas y secuenciales, pues ambas

---

<sup>1</sup> Por perspectiva de análisis entendemos un conjunto medianamente estructurado de ideas y prácticas en torno a un eje central, que estaría constituido por aquel elemento o característica de la realidad considerado como fundamental para su comprensión. Cada perspectiva agrupa distintas ideas y prácticas que suponen este elemento o característica. Así, inscribirse en una perspectiva de análisis determina de entrada el privilegiar ciertos temas y preocupaciones, establece relevancias, sensibilidades, e incluso hasta apuestas políticas.

conviven en los análisis. El problema de fondo común a ellas es que ninguna es capaz de dar una explicación coherente y totalizadora de la realidad nacional. Y esto tiene que ver con algo ya mencionado en la Introducción, cual es el problema de la crisis de los paradigmas.

Precisamente, como una alternativa a dicha crisis, comienza a ganar terreno una tercera perspectiva de análisis que atiende más a los procesos **culturales**, de constitución de identidades para, desde ahí, ir hurgando en los nuevos procesos de índole subjetivo, que en las anteriores perspectivas pasaron absolutamente desapercibidos. Desde el terreno de la juventud, se vuelve en instrumento de análisis necesario para ir hurgando en los nuevos procesos de formación de identidades, individuales y colectivas y, desde ahí, descubrir las motivaciones que explican su acción y poder ir descubriendo qué cosa nueva está germinando en el país.

Delimitados los campos de manera general, pasemos ahora a analizar más en detalle cómo entiende cada perspectiva el problema de la juventud hoy.

### **La perspectiva del protagonismo popular**

Esta perspectiva de análisis podría encontrarse sintetizada en el libro **Conquistadores de un nuevo mundo** (Degregori, et. al., 1986). Ahí se narra el proceso épico de los migrantes de las décadas del 40 y del 50 que llegan a las zonas urbanas, principalmente Lima, en donde tienen que construir absolutamente todo: desde un espacio físico dónde vivir hasta una identidad. Al mismo tiempo que pelean por sus derechos construyen un "nuevo mundo":

"La fundación implica también un proceso de democratización en diferentes planos. Por un lado, en la lucha por la igualdad de condiciones sociales y la eliminación de estamentos y 'status adscritos'; por el reconocimiento, por tanto, de los pobladores como ciudadanos con derechos -y deberes- frente al Estado" (p. 107).

Así, con su presencia masiva van corroyendo a la sociedad oligárquica caracterizada por la marginación, el racismo y el autoritarismo. Democratizan la vida social a la vez que van construyendo nuevos espacios de solidaridad, comunicación e identidad.

"El nuevo sentido de pertenencia comienza por el hecho literal de volverse propietarios (aunque la lucha por títulos se prolongue en muchos casos hasta hoy) de un terreno y una vivienda; continúa por la pertenencia a un barrio, una comunidad en la cual se es o se puede ser 'alguien'. Por otro lado, pertenencia de sí mismos, se afianzan como personas: de waqchas solitarios o independientes pasan a tener familia, lote e hijos que los trasciendan; ya antes habían conseguido trabajo. Finalmente, pertenencia de alguna manera también, a la capital ... Ese reconocimiento como parte de un colectivo que se define en lucha contra un medio adverso, pero fundamentalmente en contraposición al Estado, es el que permite el surgimiento de una nueva identidad con múltiples vectores: vecinos, pobladores, trabajadores, ciudadanos, peruanos" (p. 111).

En otras palabras, van construyendo una nueva identidad. Sinesio López, dentro de esta orientación, afirma que:

"Los movimientos urbanos articulan a pobladores migrantes de los lugares más lejanos del país, ensanchan sus perspectivas y los hace sentir parte de una sociedad más amplia que sus pequeñas localidades de origen. Los pueblos jóvenes son espacios privilegiados de encuentro en un país fragmentado y dividido en los que germina y se desarrolla la nueva identidad nacional del pueblo" (López, 1989 a; p.54).

Los sujetos principales de todo este proceso son los ciudadanos en tanto revaloran su dignidad como individuos con derechos y deberes iguales a los miembros del Perú oficial. Es decir, se constituyen como sujetos libres de las ataduras feudales de los gamonales y de los grandes hacendados. Es por ello que son conquistadores, pioneros.

Todos estos procesos son posibles en un contexto de modernización del país que experimentaba cierto crecimiento económico y de prosperidad. En ese sentido, los primeros migrantes son, como los autores los califican, "hijos del progreso".

Esta irrupción del pueblo fue sintetizada con la noción de "protagonismo popular"<sup>2</sup>, acuñada teniendo fresco el recuerdo de lo que en los años finales de la década del 70 se veía como un auge incontenible del movimiento popular en su lucha

---

<sup>2</sup> Debemos aclarar que, si bien el término fue acuñado por Rolando Ames, lo cierto es que posteriormente fue adquiriendo diversas connotaciones. Así, tenemos que el término se reclama desde las posiciones políticas y académicas más heterogéneas. Pero siempre subyace una idea central, a saber, la renovación de la política y la construcción de una sociedad mejor son resultados de un mundo popular organizado desde abajo.

contra la dictadura de Morales Bermúdez. La actuación del pueblo aparecía como masiva y se hacía presente a través de una serie de organizaciones que no se limitaban a reclamar reivindicaciones económicas, sino que además buscaba incidir en la política nacional. Nunca como entonces fue más cercana la identificación del pueblo con las opciones de izquierda que se legitimaban "al calor de las luchas populares", según el lenguaje de la época (Tovar, 1985).

Son los primeros años de la crisis económica y el pueblo pudo entretejer diversos espacios organizativos no sólo para defender sus intereses económicos inmediatos, sino, y así lo declaraba, para enfrentarse a la dictadura. Las múltiples organizaciones creadas (sindicales, gremiales, de trabajadores estatales, regionales, asentamientos humanos, políticas, etc.) tuvieron dos grandes impulsores: sectores progresistas de la Iglesia Católica y los diferentes partidos de la izquierda. La acción "protagónica" del pueblo organizado despertó gran optimismo y se le consideró como el fundamento de un proyecto de transformación política basado en una nueva ética de solidaridad. Pero los años posteriores de profundización de la crisis económica y violencia política limitaron el proceso organizativo y su incidencia en la vida nacional, abriéndose un abanico más amplio de escenarios para la presencia popular, aunque sin la centralidad ni la politización mostrada hacia fines de los años 70.

La irrupción popular de entonces tendió a ser analizada bajo la influencia del marxismo como **corpus teórico** y del clasismo, como método de lucha política, privilegiando la centralidad de las organizaciones obreras, a las que entendía como las "vanguardias" del movimiento popular. La realidad parecía darle plausibilidad a este enfoque. Sin embargo, en los 80 encontramos el debilitamiento de la clase obrera en su centralidad social y política -si alguna vez la tuvo- por una serie de razones que no viene al caso desarrollar aquí: por un lado, la agudización de la crisis económica, el cierre de fábricas, la represión, etc. y, por el otro, la cada vez mayor incapacidad de dirección, de convocatoria y hasta de desarrollar un sentido más nacional y democrático en sus acciones.

La imperiosa necesidad por sobrellevar la situación, por buscar nuevos canales de presencia y tratando de satisfacer nuevas necesidades, produjo la aparición de las organizaciones barriales y, posteriormente, ante sus limitaciones, de las organizaciones funcionales. Aparecen, entonces, otras formas organizativas en donde dos son los sujetos más importantes: las mujeres y los jóvenes. Sujetos que siguen

expresando una vitalidad popular que mantiene vigente el considerarlos como base de un nuevo ordenamiento social.

En este sentido, se ubican una serie de estudios sobre jóvenes populares en los que se relieván sus organizaciones como expresiones de un renovado protagonismo popular. Así, encontramos que los jóvenes se organizan básicamente para labores culturales: grupos de teatro, equipos de comunicación popular, grupos musicales. Pero quizás las experiencias más importantes las podemos hallar en las múltiples bibliotecas populares que han llegado a establecer redes por los conos de Lima e, incluso, han tenido algunos encuentros nacionales. Su interés primordial sería establecer una relación directa entre la juventud, el barrio y el gobierno local, a fin de promover la cultura en general vía talleres de lectura, actos y festivales, programas vacacionales, etc. (Cuba, et. al., 1990). Dichas organizaciones pueden ser entendidas como "casas de cultura popular" (140 experiencias en toda Lima Metropolitana); en suma, como espacios de construcción de una identidad popular (Op. cit.).

Pero aquí podríamos preguntarnos ¿qué tan expansiva y dinámica es la experiencia de las bibliotecas populares y de las organizaciones juveniles en general? ¿hasta qué punto cumplen realmente sus objetivos formales?.

Para lo primero habría que averiguar cuál es el grado de dinamismo y renovación de las organizaciones así como las relaciones que establecen con el conjunto de jóvenes de sus respectivas localidades. Aun cuando no existen datos precisos, distintos trabajos, y nuestra propia experiencia, indican que la mayoría de estas organizaciones aparecen como encerradas en sí mismas, sin mayor contacto y llegada al resto de jóvenes, salvo en casos excepcionales (como durante los cursos realizados en vacaciones escolares). En todo caso, los núcleos organizados suelen estar poco institucionalizados y con poca renovación de sus cuadros, con lo que los grupos languidecen y desaparecen con sus propulsores.

Con respecto a lo segundo, y para el caso de los jóvenes bibliotecarios en general, si bien su objetivo es:

"Democratizar colectivamente la cultura y la educación; contribuir a fortalecer y defender la institucionalidad popular surgida en un proceso social y político inédito en nuestro país, y ligarse a una propuesta de transformación democrática de la sociedad y el Estado..." (Ib. p. 27),

Es claro que los objetivos alcanzados son mucho más parciales y limitados: el brindar un espacio de lectura, de reflexión, de auto-formación de una conciencia crítica y de relaciones de afecto.

Sin embargo, hay que mencionar, en descargo de las bibliotecas populares que, las limitaciones que presentan no son propias ni exclusivas de ellas, sino que de alguna manera son extendibles a muchas de las experiencias de agrupación juvenil y popular. De otro lado, quizás el problema no se encuentre en las organizaciones juveniles y populares mismas, sino en las expectativas que observadores externos (ONGs, partidos políticos, instituciones estatales, etc.) se generan sobre ellos. Las organizaciones juveniles en general son espacios de encuentro marcados por la transitoriedad y movilizados por múltiples y cambiantes motivaciones que van desde la necesidad de encontrar afectos hasta la de asegurar recursos que le den un mínimo de seguridad material.

Es claro que las organizaciones en general, y los grupos juveniles en particular, necesitan reformular sus metodologías de trabajo y modos de convocatoria para no terminar en *ghettos*, aislados de su comunidad más inmediata (barrios, distrito). Al respecto cabría preguntarse: ¿cuáles son las relaciones recíprocas entre ambas (organización y comunidad)? ¿cuáles son sus límites? ¿qué tipo de organización tiene más dinamismo y porqué? ¿cuáles son los nuevos retos que tienen que afrontar y cómo han de hacerlo?, etc.

Dentro de la perspectiva del protagonismo popular existe una apertura a esta temática. Por ejemplo, Carmela Tejada (1990a) señala algunas limitaciones de las organizaciones, que resumiremos muy apretadamente:

1. Desvinculación del grupo de la mayoría de jóvenes del barrio que no participan en éste. En realidad, es un problema de relación entre la vanguardia constituida en estos grupos, y el resto de jóvenes que se sienten lejanos y no representados por ella. "Los espacios organizativos terminan siendo los espacios 'serios', y sus miembros pasan a calificar al resto de jóvenes no organizados -que son la mayoría de 'vagos', de 'inconcientes', de 'despreocupados'" (p.149). Es de mencionar que similares percepciones han sido recogidas por Sandro Venturo en el grupo JUPUSA de Carmen de la Legua (Venturo, 1990). A esto se suma una cierta impermeabilidad a

manifestaciones que se sub-valoran, a pesar que ya forman parte de la cultura juvenil urbana como, por ejemplo, el rock, por entenderlas como "formas de evasión".

2. Débil desarrollo de una conciencia política en los jóvenes de los grupos, lejanos del politicismo impuesto en los años 70, demasiado dogmático y partidarizado. Cuando Tejada habla de conciencia política, la entiende como "la capacidad de los sujetos de ubicar y procesar las causas de los problemas económicos y sociales que vive la sociedad, ubicando a los agentes causantes de esa situación y sus diferentes posiciones" (p.150). Esta ausencia de concientización política los vuelve poco críticos frente a los discursos de los grupos violentistas como Sendero Luminoso y M RTA, aunque no necesariamente más proclives.
3. Los grupos juveniles, dedicados más a aspectos culturales, han obviado casi siempre el problema de las necesidades económicas, más angustiante y urgente<sup>3</sup>. Esta falta de integración de los objetivos culturales y económicos los vuelve incapaces de elaborar proyectos de acción globalizantes e integradores, surgiendo la contradicción entre las exigencias específicamente juveniles y los objetivos más amplios, que atañen a la localidad en su conjunto.
4. Por otro lado, si bien hay numerosas organizaciones juveniles, y cada cual con relativo éxito, lo cierto es que existe un atrincheramiento en su propia actividad que les han impedido establecer coordinaciones y acciones conjuntas. De ahí que sea difícil hablar de un movimiento juvenil limeño y menos aún nacional.
5. Finalmente, las organizaciones juveniles han caído generalmente en un exagerado "activismo" (es decir, acciones que buscan sólo un resultado inmediato y concreto) sin darle la debida importancia al aspecto de la auto-evaluación de lo hecho, paso indispensable para avanzar en un sentido acumulativo.

En el mismo sentido, Alejandro Cussianovich (1990) considera que, si bien hay un incremento en número de los grupos juveniles, "la característica central es su

---

<sup>3</sup> Emilio Rojas (1989) también reclama esta dimensión como un criterio básico para la formulación de nuevas propuestas, pues señala que: "Promover que se generen empresas o talleres juveniles como forma masiva de organización juvenil supone una nueva etapa en su desarrollo" (p. 5).

espontaneismo y relativa corta duración junto con la diversificación de objetivos y la dispersión orgánica" (p.106). Aun cuando estos autores asumen una posición crítica frente al funcionamiento y la realidad de las organizaciones, es en éstas en donde se encuentra su apuesta central. Para unos casi desaparecería la posibilidad de hacer política sin la mediación de las organizaciones. Por ejemplo, para Cussianovich:

"Las organizaciones populares juveniles reivindican el derecho a la autonomía y son muy sensibles a los intentos de manipulación. El desafío sin embargo radica en articular autonomía con participación orgánica en el conjunto del movimiento popular, **primera e Ineludible** mediación de participación política" (Cussianovich, 1990; p.108) (subrayado nuestro).

De allí que las organizaciones populares sean concebidas como "los gérmenes de los movimientos sociales" (Tejada, 1990b). Por otro lado, ha existido también una identificación superficial entre organizaciones populares y sus dirigentes, que no siempre son representativos de ellas<sup>4</sup> e, incluso, se llega a extremos de suponer la existencia de organizaciones por la mera presencia de dirigentes los cuales, muchas veces, las "crean" respondiendo a directivas partidarias para lograr mejores condiciones en las correlaciones internas.

Entonces, si bien existe dentro de esta perspectiva un reconocimiento de los límites de las organizaciones juveniles, esto no hace variar la apuesta central: la organización, la centralización y el arribo a instancias sociales y políticas más globales.

Lo que debemos tener presente para poder enjuiciar correctamente a las organizaciones juveniles es, por un lado, su carácter elitario y, por otro, el hecho de que son básicamente lugares de tránsito. Además que la exigencia a este tipo de organizaciones, que se sitúan en el terreno propiamente social, de que "arriben" al plano de la política, sin considerar que éste es un espacio distinto y con su propia especificidad, resulta exagerada.

Los jóvenes, como señala Romeo Grompone (s/f), buscan otros espacios de comunicación y socialización que los proteja del mundo hostil, que los acerque al éxito referido más a lo personal o los integre a la vida urbana: la calle, el grupo de amigos de la esquina, el trabajo, la educación (academias que los justifique ante sus padres y

---

<sup>4</sup> Al respecto consultar Larrea, 1989.

ante ellos mismos), los clubes deportivos en donde alivian tensiones y buscan la oportunidad de revivir un sentimiento de comunidad, etc. Pero también forman grupos como las pandillas, de consumo de drogas, caen en la delincuencia, etc.

Las múltiples motivaciones que conviven en el mundo popular hace que se relativice, pues, el papel asignado a las organizaciones, a las que se ha visto como una consecuencia "natural" del pueblo, e incluso, atribuyéndoles cargas valorativas: lo organizado es lo bueno, lo no organizado es lo malo. Desde esta perspectiva se sobrevaloró cualquier iniciativa grupal, dejando de lado en las propuestas y los proyectos políticos a los que no participaban de ellas, a pesar de ser la mayoría. Esto trajo como consecuencia una forma de hacer política parcial y poco convocadora. Finalmente, las organizaciones populares, y entre ellas los grupos juveniles, han sido la base sustancial de apuestas programáticas, como la de IU, lo cual no está mal en sí. El problema radica en que este criterio resulta insuficiente al no valorar otros espacios desde los cuales también se puede hacer política. El peligro subyacente es que la apuesta política desplace al rigor del análisis. Así, la perspectiva del protagonismo popular situaba a las organizaciones como el eje fundamental e ineludible de la participación del pueblo en la política. Si los jóvenes militantes de la década del 70 tuvieron éxito con ese esquema, hoy vemos que éste ya resulta insuficiente. Este tema lo retomaremos más adelante.

A modo de un balance provisional, diremos que la perspectiva del protagonismo popular tiene la virtud de leer la realidad del país a partir de los sectores tradicionalmente olvidados, es decir, las clases populares, y desde ahí, asumir la reivindicación del derecho de estas de ser parte de las decisiones nacionales. Sin embargo, presenta limitaciones en cuanto a la sobre valoración del papel que atribuye a las organizaciones populares, forzándolas a plantearse objetivos para los cuales no fueron creadas. Desde esta perspectiva, además, las organizaciones populares aparecen casi como autogeneradas espontáneamente desatendiendo dentro de su análisis la relación que establecen con el Estado u otros "agentes externos", como los partidos de izquierda, por ejemplo. Por otro lado, el excesivo énfasis de mirar a los procesos y a las organizaciones mismas hizo soslayar la importancia de los sujetos mismos, minimizando de esta manera, como fue la tónica general de aquellos años, la dimensión subjetiva que recién a partir de la década del 80 comienza a ser revalorada.

## La perspectiva de la desestructuración

El término lo tomamos de Carlos Franco, quien sostiene que hablar de crisis en el Perú no hace comprensible la naturaleza de los múltiples problemas que afronta el país. La crisis, sostiene, "supone la regularidad, equilibrio o armonía de las situaciones, movimientos o estructuras afectadas por ella e implica el retorno futuro a dichas condiciones una vez que ha sido superada" (Franco, 1989; p. 42). Más bien, afirma, lo que está en crisis es el propio término o la "normalidad de ese modo de vida" por varias razones. Su larga duración, su instalación en los fundamentos básicos del sistema de organización socio-político, y la profundidad que alcanzan en todos los planos de la vida organizada. Todo ello nos dice entonces de la existencia del "desarrollo de un proceso de desestructuración o de desintegración de la sociedad antes que una 'crisis' de ésta" (Loc. cit.).

Por otro lado, la **Comisión especial sobre las causas de la violencia y alternativas de pacificación nacional** (1988), presidida por el senador Enrique Benales, nos habla de una "violencia socialmente acumulada" que sólo se puede entender históricamente, desde los tiempos de la conquista y de la imposición de un Estado que mantuvo el control social a través de la coacción física. Es decir, nunca se constituyó un Estado nacional y democrático, creando un terreno favorable para la acumulación de la "violencia social estructurada", que se traduce en agresividad, resentimiento, frustración, rechazo. En este contexto se incrementa la desintegración, la "marginación precaria" y la existencia de "clases y culturas" con reclamos que encontraron al frente un Estado que las contuvo por su incorporación parcial o por la represión.

La violencia desatada desde inicios de la década pasada, continúa el informe, habría que entenderla por los procesos ocurridos en nuestro país desde la década del 50, cuando se experimenta una relativa industrialización y modernización en contraposición al atraso a que se sometía el campo. Esto agudizó desigualdades sociales y económicas. Finalmente, el Estado oligárquico hace crisis y es reemplazado por el gobierno del general Juan Velasco que impulsó una serie de reformas socialmente reclamadas desde hacía un buen tiempo. Pero fue un proyecto trunco. Lo sucedió el gobierno de la "segunda fase" que desmontó todas las reformas dejando el vacío y el desorden. El gobierno democrático que lo sucedió no profundizó las reformas por no entender que éstas eran logros de la sociedad global y no sólo del

general Velasco. La consecuencia fue el "desborde popular", utilizando el término de Matos Mar.

Estalla la violencia social acumulada y con ella afloran una serie de males endémicos de nuestra sociedad: más gente sin trabajo, migraciones a causa del centralismo y sin poder lograr acceso al empleo, a los servicios sociales en las urbes, abandono de la sierra, atraso de la agricultura, distribución regresiva del ingreso, marginación y exclusión, etc. Dentro de este escenario, la insatisfacción popular rebasa la normatividad legal y se enfrasca en una lucha sin cuartel por la sobrevivencia: sin consideración a los demás, sin solidaridad ni generosidad, con más desconfianza, más envidia primitiva, compulsión, manipulación, llegando a niveles alarmantes de agresividad individual, delincuencia común, narcotráfico y violencia política. Por todo lo descrito, "la peruana sería una sociedad escasamente cohesionada y en la que prima más bien la incoherencia" (Ib. p. 45). Es decir, aparece la anomia, que es "el estado más crítico y expresivo de descomposición a que puede llegar un sistema social. Bajo la anomia, hace crisis la institucionalidad y la interacción, configurándose un quebrantamiento de orden normativo que afecta ambas cosas, según el grado de anomia que se alcance" (Ib. p. 49).

Pero es Hugo Neira (1987a) quien introduce y desarrolla mejor el tema de la anomia. Nuestro país, dice, no es completamente anómico, pero puede llegar a serlo. Tal situación impide la formulación de consensos y en donde "cada grupo -léase grupo intelectual, partido, institución, etc. se mueve de acuerdo a comportamientos particularistas. Y a esto le podemos llamar, las reglas de juego en situación de anomia" (Neira, 1987b; p. 22). Ellas se pueden resumir en:

- a) "Ningún actor colectivo está dispuesto a someter sus intereses o derechos particulares a la ley o interés general, y por el contrario, todos están dispuestos a infringirla, si es necesario" (p. 23).
- b) "Todas las fuerzas sociales y políticas robustecen su propia organización en vista de la desorganización nacional. Así, por una regla caprichosa, se puede sugerir que el país vive dentro de una gran desorganización que se acrecienta con la modernización" (p. 24).
- c) "Como cada entidad (partido, institución, grupo organizado) precisa de su autoorganización para prosperar y sobrevivir, el sectarismo grupal y la

multiplicación de particularismos es la regla, forzada por las circunstancias, y por lo tanto, nada es más difícil que los consensos supra-institucionales" (Loc. cit.).

- d) "Es imposible sobrevivir fuera de un grupo de referencia, que particularista, sectario y autocentrado, es la solución lógica a una situación globalmente caótica" (Loc. cit.)<sup>5</sup>

Ubicada en esta perspectiva, María Méndez Gastelumendi ensaya una lectura de la realidad juvenil en su ensayo **Los jóvenes del nuevo Perú profundo** (1990), describiendo el contexto social en el que se desarrollan los jóvenes de hoy: anomia, violencia, deterioro de la educación, con la herencia colonial marcada por el racismo y la pobreza, todo lo cual impide "la formación de personalidades medianamente sanas e integradas" (Op. cit., p. 18).

Todo el texto está lleno de adjetivos como angustiante, dramático, frustrante, doloroso, etc. que marcan un ánimo del cual la autora no logra desprenderse a pesar que en sus reflexiones finales intenta esbozar algunas líneas de salida, no sólo para la juventud, sino para el país en general. Esto es, la demanda de una nueva institucionalidad y de una nueva moral que hagan del Perú un país "viable". Es, pues, la juventud uno de los sectores más fuertemente golpeado por la crisis actual (en ella podemos encontrarlos índices más altos de subempleo y desempleo, las más bajas remuneraciones, un fuerte divorcio entre expectativas y posibilidades de realización, etc.).

"Ser joven en el Perú de hoy-afirma Méndez- es una empresa difícil. Es haber crecido en un país atravesado por múltiples abismos y formar parte de un nuevo tipo de sociedad -ya no andina y rural, sino urbana e informal- producto de la migración, el desborde popular y el colapso del Estado. Es tratar de forjarse -a menudo infructuosamente- un espacio dentro de esta sociedad eminentemente conflictiva, en virtual estado de descomposición" (ibíd., p. 17).

El tono catastrofista del ensayo no llega a equilibrarse con los tenues pincelazos de optimismo con los que la autora busca matizar su diagnóstico. En todo caso, éste es negativo y para el futuro quiere encontrar claves que justifiquen alguna esperanza. Pero, repetimos, no logra una mirada equilibrada.

---

<sup>5</sup> Los argumentos de Hugo Neira suscitaron una interesante polémica. Ver: Romero, 1988 y Lynch, 1989.

Méndez nos describe el Perú de los jóvenes de hoy, pero poco nos dice cómo piensan y sienten éstos. Hay una descripción de la situación actual y una enumeración de las cosas que es necesario cambiar, pero los jóvenes, sujetos con voz propia, están ausentes. Quizás más apropiado sea llamar al texto "El Perú de los jóvenes de hoy" y no "Los jóvenes del nuevo Perú profundo". Los procesos y las estructuras prevalecen sobre los sujetos en la reflexión de Méndez, y ya sabemos que no es posible deducir la identidad de éstos sólo a partir de aquéllas.

Con respecto a las alternativas, ella afirma que "las parroquias, como núcleos de organización y participación juvenil, podrían constituirse en una instancia que responda a esa necesidad de liderazgo y transformación ética y moral que reclaman los jóvenes" (p. 56). Hay aquí, evidentemente, un nivel de apuesta personal, y eso es respetable. Pero podríamos preguntarnos ¿qué pasa entonces con aquellos jóvenes que no se sienten atraídos por la organización desde los centros parroquiales y, más aún, con los que no se encuentran motivados por participar en organización alguna? El trabajo de las parroquias es importante pero, valgan verdades, limitado. Mayor es la cantidad de jóvenes que no se encuentran interesados por ella. Lo que falta entonces, es una política más amplia e intensa a nivel social que convoque a los jóvenes a partir del reconocimiento de demandas más universales.

Desde este punto de vista, también relativizamos la afirmación de Méndez cuando considera que la "Iglesia Católica y las demás confesiones religiosas que hoy existen en el país, tendrían que jugar un rol fundamental en un esfuerzo conjunto por frenar la anomia" (Loc. cit). En un país que se ha ido secularizando puede resultar contraproducente identificar ordenamiento social, ética y moral con instituciones y creencias religiosas. Es cierto que las parroquias han promovido e incentivado la movilización de muchos jóvenes en protesta contra la situación de violencia que vive el país. Desde ahí se han conformado las comisiones de derechos humanos - compuestas no sólo por jóvenes- y se han organizado múltiples festivales artísticos en todo el Perú reclamando la paz. Pero no es un terreno ni suficiente ni exclusivo. Por ello consideramos necesario

"...incorporar también en este movimiento una mayor perspectiva política, promoviendo en la población la búsqueda de respuestas y alternativas a lo que sucede en nuestro país y, por otro lado, presionar al Estado para encontrar salidas políticas ante esta situación" (Tejada - Gonzales, 1989b).

En este sentido, pensamos que tiene que revalorarse el papel de la política y de los actores políticos, llamados a articular y expresar las distintas demandas sociales. Revalorización que tiene que ir acompañada de una reformulación de la práctica política misma que la haga más creíble, confiable y representativa.

### **Desestructuración, juventud y política**

Es cierto que el Perú está atravesado por múltiples crisis, pero quizás lo más grave sea, como señala Sinesio López (1989b), el que los sujetos que deben guiar a la sociedad a salir de aquella, es decir los partidos políticos, también están en crisis. Su falta de representatividad ha sido un proceso acumulativo hasta llegar a los límites que hoy nos muestra. La política en el Perú ha ido perdiendo paulatinamente su función de dar unidad a lo social. De ahí que los jóvenes no la sientan como una actividad cercana, como un referente. La política ya no es capaz de proveer alguna seguridad de salida a la situación. En ese sentido es percibida como una práctica inútil, puesto que ni siquiera es vehículo para resolver situaciones concretas que la crisis presenta. Esta lejanía hacia la política por parte de los jóvenes produce algunas grandes actitudes en los jóvenes populares: el escepticismo o el apoyo a personalidades circunstanciales pero sin establecer ninguna relación orgánica ni permanente con ellas, por un lado, o la simpatía o participación militante en agrupaciones que practican la violencia política, por otro.

Desde esta situación, los que más pierden son los partidos de izquierda, quienes, como ya es consensual afirmar, se fortalecieron básicamente durante los años 70. La nueva izquierda, con un componente básicamente juvenil, universitario y obrero, hablaba en nombre del pueblo, de los pobres y juraba hacer la revolución. Eran los tiempos del gobierno militar, de una relativa expansión económica y de la consolidación de la estructura clasista, en donde la clase obrera aparecía como el sujeto central de su proyecto político, refrendado en su fuerza y organización mostradas entonces. Pero el ingreso de la crisis, la vuelta a un régimen constitucional y la violencia política contribuyeron a desarticular un movimiento popular en auge y a alejar a la izquierda en su conjunto del pueblo. La alternativa, la promesa diferente que ésta supuestamente encarnaba fue desfigurándose hasta no diferenciarse mucho del sistema al que decía combatir. Se constituyó una clase política profesionalizada de izquierda pero que olvidó su relación con el movimiento popular que hizo posible su presencia en la escena oficial de la política peruana. Demasiada segura de su relación

con el pueblo, al que consideraba "suyo" por naturaleza<sup>6</sup>, la izquierda se enredó en su propio tejido y no fue capaz de percibir los cambios que la nueva situación generaba en el mundo popular y, desde esa nueva realidad, actualizar sus programas y modernizar su práctica política. Por el contrario, se atrincheró en sus disputas menudas olvidándose del país, perdiendo así iniciativa y eficacia en la vida política nacional.

La organización sindical, supuesto eje natural e histórico de las protestas populares, fue perdiendo vigor y, ante la recesión y los despidos, los ex-dirigentes obreros se trasladaron a los barrios, y es entonces cuando aparecen con fuerza las organizaciones de pobladores y las de subsistencia, pero con la limitación de su escasa vinculación entre sí. De este modo, la centralidad del movimiento popular se diluye complejizando la dirección y representación política de la izquierda, que se había fortalecido a su lado. Hoy ya no se puede afirmar, como lo hacía Sinesio López hace pocos años, que: "La expresión de unificación ha sido IU, que constituye el nuevo espacio de identidad política de las clases populares" (López, 1989a; p. 43).

En este escenario, el mundo popular busca nuevas maneras de enfrentar la pobreza, sea de manera colectiva o individual. Ante la recesión, aparecen las pequeñas y medianas empresas autogestionarias, crece el comercio ambulatorio, la especulación de la moneda extranjera, etc. Así, la organización, como una instancia única, necesaria, ineludible, casi mágica, pierde solidez y ese lugar central que se le había conferido.

Pero además, el mundo popular se abre a una serie de salidas individuales, cuando no individualistas, que nos hablan de una diversidad de dinámicas y ritmos de acuerdo a las necesidades concretas que tienen que atender. Por ello se comienza a hablar de "protagonismos populares" (Gonzales, 1990) y de "movimientos sociales populares" (Ballón, 1990). Es decir, el plural gana en una coyuntura contradictoria, diversa y heterogénea sobre un singularismo reduccionista y poco rico para el análisis.

Paralelamente, comienza a ensancharse una opinión pública gracias a la difusión de los medios de comunicación masiva, especialmente la televisión. Opinión que sólo se puede ir constituyendo con la presencia de sujetos que se sienten y reconozcan como iguales entre sí. Es lógico pensar que, en una sociedad con una

---

<sup>6</sup> Esta crítica es el sentido de la carta póstuma de Flores Galindo, 1990.

población mayoritariamente juvenil, los mensajes estén destinados a ella, aunque éstos no sean mecánicamente recepcionados. Por eso, nunca como en las últimas elecciones se utilizaron tanto los medios masivos de comunicación en las campañas presidenciales. La pantalla chica venció a las plazas, pero no sólo por modernización, sino también por el temor de ser víctimas casuales de la violencia política, que es el lado contrario de la modernidad.

Sin embargo, la perspectiva de la desestructuración sólo ve este segundo aspecto. Subestima el poder que los medios de comunicación tienen para llegar más fácilmente a mayor cantidad de personas y de constituirse en un elemento de integración nada despreciable. En el fondo, estamos hablando de la importancia de la cultura de masas, poco atendida en los análisis de Ciencias Sociales. Desde los medios de comunicación masiva, la ciudadanía puede sentirse involucrada en las decisiones sin necesidad de participar orgánica y militantemente en ningún partido político. Aun cuando no ponga muchas esperanzas en el nuevo gobernante ("todos son iguales"), sí hay un ánimo de probar y experimentar algo nuevo cada vez. Hay una especie de **economía de esperanzas**, precisamente para impedir mayores frustraciones. En todo este escenario, entonces, los partidos políticos ya no aparecen como los únicos intermediarios entre la sociedad y la política. Si a esto agregamos la propia deslegitimación a la que se han expuesto los mismos dirigentes y caudillos, los políticos profesionales y las agrupaciones políticas terminan siendo percibidos, incluso, como un estorbo.

Todo esto ayuda a entender de otra manera los resultados electorales últimos. Si algo podemos rescatar de estos resultados es la demanda de la sociedad por una renovación de la representación política. Más allá de las persistentes campañas por los medios de comunicación, más allá del uso desembozado del factor religioso como mecanismo de manipulación política, el país eligió por cuenta propia, evidenciando así un doble proceso: una mayor autonomía cultural y política frente a la política oficial y al poder, pero al mismo tiempo revelando un periodo de búsqueda de una identidad en donde se engarcan tanto la dimensión cultural como la política. Búsqueda, además, que nos hace más difícil poder afirmar que el pueblo ha asumido ya sea los valores liberales o los colectivistas, los conservadores o los revolucionarios. Acaso todos ellos estén presentes en la cultura popular, constituyendo una amalgama que aún no adquiere una forma determinada. Pragmatismo popular dirán algunos, simplemente inmadurez afirmarán otros.

Desde este terreno incierto, los jóvenes expresan con mayor contundencia la distancia tomada frente a la política tradicional. Es esto lo que lo vuelve en un grupo social de disputa, política e ideológicamente hablando. De ahí que sea en extremo voluntarista o ideológico afirmar, como lo hacen los intelectuales de la llamada "nueva derecha" que la propuesta liberal haya ganado el sentido común de la gente. Un rotundo mentís a esto es que la propuesta de Vargas Llosa de convertir al Perú en "una nueva Suecia" no obtuvo un apoyo mayoritario, como sí sucedió con la idea de "progreso", que responde mejor a las necesidades cotidianas del pueblo.

### **Las diferencias generacionales y el país**

La juventud popular actual tiene rasgos propios que la caracterizan e individualizan, marcando sus distancias con las generaciones anteriores, con sus padres, los "hijos del progreso". Los contextos son distintos. A los de ahora, a los "hijos de la crisis", la ciudad no tiene nada que ofrecer, las tradiciones pertenecen a sus padres y son ajenas a ellos, mientras que la organización y los partidos no forman parte de su necesidad y experiencias inmediatas (Cánepa, 1990b). Pero la brecha generacional se acrecienta debido a que "las nuevas generaciones crecidas en la ciudad con mayores posibilidades de educación y acceso a servicios de información, tienden a darle a la distancia generacional un sesgo de desencuentro cultural en muchos aspectos" (Cussianovich, Op. cit., p. 101).

Sin embargo, lo paradójico está en que, a pesar del proceso de modernización en el cual crecen, los jóvenes de hoy tienen menores posibilidades de llegar a lo que han definido como sus metas. A diferencia de sus padres, que poco tenían materialmente y menos ambiciosas eran sus expectativas -y, por ello, lo mucho o poco que lograban lo consideraban como un éxito- para los jóvenes populares del Perú actual las condiciones que representan su punto de partida (con vivienda, luz, agua, escuela, etc.) son su realidad, es un simple dato sobre el cual se suben para aspirar a más. Ellos no son fundadores. Son, en todo caso, herederos de un pasado al que quieren superar porque sienten que no responde a sus demandas y exigencias más vitales. De este modo, al querer darle un nuevo sentido a su pasado y no entender a éste como una estructura inmodificable que perfila fatalmente sus vidas, los jóvenes encierran una potencialidad de hombres modernos. Pero las expectativas de encontrar oportunidades de realización colectiva y personal se topan con la crisis de un país que no ha sabido poner sus esperanzas a la altura de sus posibilidades.

Los jóvenes de hoy, pues, se mueven en un terreno definitivamente hostil que pone entre signos de interrogación su futuro:

"...al conversar con los más jóvenes, nos queda la sensación amarga de un avance bloqueado y un futuro arrebatado por la permanencia de la subordinación, y la pobreza. Al mismo tiempo, la experiencia democrática acumulada durante décadas, que como constatamos se transmite hasta los más jóvenes, matiza un panorama que podría resultar pesimista y ubica hoy a Cruz de Mayo\* - quién sabe si como en todo el país- al filo de la navaja entre la disgregación recesiva o la recomposición democrática" (Degregori, et. al., 1986; p. 296).

El entrampe y las disyuntivas que se presentan para los jóvenes de hoy son tratados en una serie de trabajos que relacionan, de distintas maneras, juventud y política, y que enfatizan la cuestión de la desestructuración al interior de una realidad compleja y en proceso de redefinición. (Ver González, 1988).

Por ejemplo, podemos ver este bloqueo de los jóvenes cuando se aborda el asunto de sus expectativas frente a la educación, la que es vista tradicionalmente como uno de los canales privilegiados para lograr el ascenso social ("el que estudia triunfa"). Pero que, cuando buscan independizarse de la tutela paterna, chocan con la realidad de que lo que han aprendido en las aulas no les sirve para incorporarse con éxito en el mercado laboral.

Una vez concluidos sus estudios escolares, los jóvenes se preparan para ingresar a la universidad, para muchos, su máxima aspiración. Pero la dificultad por lograr el ingreso o, una vez adentro, los obstáculos para mantenerse en ella, por motivos económicos, por la necesidad de asegurar ingresos, obligan a los jóvenes a abandonar rápidamente sus expectativas. Por otro lado, los que logran concluir sus estudios universitarios o técnicos, se encuentran con que o no tienen un nivel mínimo de preparación para competir en el mercado laboral o con la saturación del mismo<sup>7</sup>.

Precisamente, Dennis Chávez de Paz (1989) haciendo un análisis de la composición social de los condenados por terrorismo y otros delitos, nos demuestra

---

\* Barrio en el que desarrollaron su investigación los autores.

<sup>7</sup> Ante la falta de oportunidades por lograr mayor movilidad social, el joven de clases populares busca otras vías, como el seguir carreras técnicas cortas, la migración indocumentada al extranjero, establecerse en la pequeña empresa auto-gestionada o, para el caso de una minoría, el deporte profesional.

que ella está configurada básicamente por jóvenes pertenecientes a un sector social en emergencia, el de los estudiantes universitarios de provincia, quienes son más sensibles a las situaciones de "inestabilidad e inseguridad que derivan de la incongruencia entre expectativas y logros" (p.57).

"Es probable -continúa- que esta condición les haga cuestionarse acerca de su futuro personal en el marco de oportunidades que la sociedad le ofrece, y los vuelva especialmente receptivos a la consideración de los problemas económicos y sociales del medio del que proceden, sobre el cual, por su formación, tienen algunos esquemas explicativos para interpretarlos. La dinámica de movilización y bloqueo -en el plano personal y en el de sus comunidades- haría atractiva una opción encaminada al cambio de estructuras mediante el ejercicio sistemático de la violencia política" (Loc. cit.).

Algo similar, pero no exactamente igual, pasa con los jóvenes obreros eventuales que Fernando Rospigliosi (1988) analiza. Estos, dice, manifiestan una ambivalente y contradictoria percepción de su situación: quieren dejar de ser obreros (y tener un negocio propio, alguna carrera técnica o profesional) pero al mismo tiempo buscan la seguridad que les da un trabajo estable. De allí que prefieran la fábrica a la calle. El ser eventuales los coloca en una situación de desventaja frente a los estables (mayores) y a los sindicatos (que no les importa defender sus intereses). Estableciendo comparaciones con la juventud obrera de la década pasada, la actual se socializa en un contexto francamente adverso. La crisis económica ha motivado que su salario se reduzca drásticamente, que el trabajo estable sea para la mayoría de los jóvenes obreros una posibilidad cada vez más lejana, más aún cuando desde el Estado se promueven políticas que tratan de asegurar mano de obra barata a la vez que reproducir una relación clientelista con los sectores populares (por ejemplo vía PAIT, PROEM, etc.).

Correlativamente, sus simpatías y propensión a incorporarse orgánicamente a los partidos de izquierda es casi nula, hecho que la aleja sustancialmente de la generación anterior en la que existía mayor proximidad entre ser obrero y ser de izquierda, en la medida que ésta aparecía como su "genuina representante".

Para el autor el contexto está dado por tres ejes básicos: crisis económica, reinstalación de la democracia y la violencia política. Son tres procesos de naturaleza distinta pero que ayudan a configurar la nueva cultura política de la juventud obrera

actual. La crisis económica, ha llevado consigo una subvaloración del ser obrero motivando a su vez una apatía en cuanto a la participación política activa. Acosado por las míseras condiciones económicas en las que se desarrolla, el joven está más preocupado en subsistir y lograr mejores condiciones de vida que dedicarse a actividades, la política por ejemplo, que le aparecen como excesivamente costosas, en tiempo y dedicación, y que lo distraen de su objetivo primordial cual es el de asegurar mayores ingresos.

La vuelta a un régimen constitucional puso al descubierto la inviabilidad de un discurso basado en la creencia de los cambios sociales rápidos y contundentes. Decaen los mitos revolucionarios y la confianza en el radicalismo reivindicativo. Las aspiraciones a largo plazo ceden al escepticismo y al pragmatismo, componentes básicos, siempre según Rospigliosi, de la cultura política de los jóvenes obreros.

Pero, por otro lado, la ausencia de una política estatal que atienda a este sector laboral, genera mayor campo de crecimiento de la frustración, apatía, desesperanza por un lado, y de salidas insurreccionales por el otro. Ahondando en las distancias generacionales, que presentan distintas formas de politización, Julio Cotler afirma que:

"...mientras la primera oleada de radicalización juvenil parece haber conducido, en buena medida, al proceso de radicalización del conjunto de las clases populares, la segunda oleada, por su inorganicidad, se ve relativamente distanciada del resto de estas clases y pareciera proclive a Sendero Luminoso. Este, al negar toda validez al régimen político con actos de ferocidad insólitos, parece expresar un sentimiento que compromete a importantes sectores de la juventud popular, que apuestan a la violencia como única solución a la tozudez del régimen político dominado por los 'viejos'. Esta tendencia podría estar señalando el futuro desarrollo de nuevos desplazamientos políticos, y de sucesivos cambios de identidad política en la juventud" (Cotler, 1986; p. 120).

Esta proclividad de la juventud popular a participar en los grupos alzados en armas, se explica, según el mismo autor, por el

"...permanente descenso de las condiciones de existencia de las clases populares, particularmente de los jóvenes que ven frustradas las posibilidades de asegurar su éxito. En segundo lugar, por la manifiesta ineficacia del sistema político y del clasismo sindical, para incorporar y ampliar la participación política de dichas clases y de esta suerte asegurar su relativa mejoría en los distintos planos de la existencia nacional. Es

decir, la promesa democrática de principios de los ochenta tiende a erosionarse rápidamente" (Cotler, 1987; p. 144).

Es cierto que los jóvenes perciben y viven la ruptura existente entre los valores democráticos que se exaltan desde el Estado y desde el mundo oficial, y que poco o nada tienen que ver con la realidad en que viven. César Rodríguez Rabanal (1990) refiriéndose a la orientación política de los jóvenes, afirma que:

"...juega papel importante el desprestigio de los valores inmarcesibles: la justicia, la democracia, la ética, etc. Los líderes han recurrido verbalmente tantas veces a ellos y tantas otras veces se han contradicho con sus actos" (Op. cit., p. 25)<sup>8</sup>.

En relación a lo dicho, tenemos varias precisiones que hacer. Las previsiones hechas en relación a una proclividad juvenil a participar en los grupos terroristas no resultaron tan ciertas, al menos no tan generalizable para el conjunto de la juventud popular. Al respecto, Romeo Grompone (1990), luego de señalar que no existe una cultura política juvenil homogénea, y que los jóvenes se identifican más con el centro del espectro político nacional, apunta que:

"Más allá de las opiniones que esta generación formula acerca de la labor de las autoridades y representantes, parece existir una voluntad de desconectarse de situaciones que les afecta y que no se encuentra en condiciones de manejar. El campo de preocupaciones inmediatas pasa a estar cubierto casi exclusivamente por la consideración de los problemas personales" (Op. cit., p. 18).

Grompone comparte un diagnóstico generalizado en relación a la crisis del sistema político, pero es más cauto al señalar la generalización de una juventud proclive a la violencia política:

"El atractivo que pueden ejercer en algunos jóvenes de las clases populares los grupos terroristas se aplica también, en parte, por esta situación de falta de referentes. Los partidos políticos no encuentran muchas veces los canales a través de los cuales comunicarse con las nuevas generaciones y cuando consiguen establecerlos ofrecen poco espacio para la iniciativa juvenil" (ibíd., p. 19)

Así:

---

<sup>8</sup> En el mismo sentido se encuentra el análisis de Henri Favre (1988). De Soto (1986 y 1990) es más cauto: lo acepta como una posibilidad que puede ganar terreno si es que el Estado no modifica su carácter actual que él califica de mercantilista.

"Los jóvenes convencidos (de pertenecer a los grupos alzados en armas) ingresan a una institución total que dirige todos sus pasos y todos sus sentimientos. Los apáticos vimos que renunciaban a su voluntad al hundirla en la indiferencia; en los senderistas la abdicación no es menos radical y esta vez se logra por la fusión en una instancia colectiva" (Loc. cit.)

Es cierto que los partidos en la actualidad no han sabido renovarse y que, por el contrario, mantienen viejas formas de convocatoria y organización que seducen a muy pocos, y parecen tener ninguna, o muy poca, funcionalidad. Nosotros pensamos que, para reconocer porqué vías la juventud de hoy busca acercarse a la política, "...debemos introducirnos en sus experiencias más vitales, cotidianas y creativas. Más que la militancia partidaria... la juventud popular se manifiesta políticamente a través de prácticas menos formalizadas y menos institucionalizadas, como lo pueden ser el teatro, el rock, etc. Desde estas experiencias expresan su disconformidad, sus aspiraciones y van haciéndolas partes medulares de su identidad.

A diferencia de la década pasada, los contenidos expresados están cargados de un claro sentido subjetivo, los conflictos personales tienen una importancia crucial dentro de los grupos y ya no son sólo los 'grandes males estructurales' del país los que absorben su atención" (Tejada - Gonzales, 1989).

Hay, también, casos límites, como la existencia de los jóvenes rockeros "subterráneos" o "metaleros", que desfogan su agresividad a través de las letras de sus canciones y en sus actuaciones (Acha, 1986), o de los jóvenes "chicheros" que transmiten su posición de marginalidad a través de las letras y melodías de sus canciones (Quispe, 1983 y 1985)<sup>9</sup>.

Nuevamente nos encontramos ante el problema de buscar la síntesis de lo cultural con lo político, de lo individual con lo colectivo. Sorprendentemente, dentro de este escenario de violencia y de descomposición, Mónica Feria (1989) aparece con una posición sui géneris. Ella afirma que, por el contrario, la violencia y la desaparición de reglas de juego comunes no traen como consecuencia la extinción de la sociedad, sino que lleva en su interior la posibilidad de engendrar un nuevo tipo de ordenamiento

---

<sup>9</sup> Ver también Rodríguez, 1988.

social. Pareciera suponer que el parto de la nueva sociedad prometida es resultado de la violencia y la descomposición del actual orden<sup>10</sup>.

Lo que es necesario resaltar en este punto es que radicalidad no es igual a violencia política. Tampoco es fácil homologar radicalidad con posturas políticas de izquierda, como apunta Roberto Miró Quesada (1989) comentando el libro de Chávez de Paz mencionado anteriormente:

"...la vuelta de la derecha al poder en los 80 y la aguda crisis económica, redefinen los términos de la lucha, que en muchos casos no va a significar proponer soluciones alternativas al sistema, sino tratar de entrar en ese sistema prácticamente sin cuestionarlo... El hecho que la mayoría de la juventud opte por querer entrar en el sistema de reparto actualmente vigente, es una buena muestra de que no es tan claro que la juventud popular haya optado por procesos radicales, procesos de violencia de los cuales no puede escapar y que necesita para forzar su entrada en el sistema. Precisamente porque el país está redefiniéndose es que es preciso redefinir los conceptos con los que se pretende leerlo" (Op. cit., p. 75).

Finalmente, hay algo que creemos que debería ser motivo de una investigación más a fondo y es no tanto el hecho de si el joven participa o no dentro de los grupos que practican la violencia política, sino de cómo ésta los afecta en sus personalidades, en su socialización, etc., pues son ellos la carne de cañón disputada, los obligados a salir de sus tierras para venir a la ciudad en calidad de "refugiados de guerra"<sup>11</sup>. Son los jóvenes los que experimentan más intensamente la ambigüedad de vivir en un sistema que no les sirve, la oferta de destruirlo por medios que no quiere y la promesa de una vida distinta en la que no siempre cree.

Pero la violencia política no es la única tentación de los jóvenes frustrados de las clases populares, ni la apatía es la única vía de escape. Está también la delincuencia. Aunque no hay todavía muchos estudios, parece un hecho el crecimiento considerable de jóvenes que no encuentran otro lugar más apropiado para agruparse que las pandillas. Este es un fenómeno que viene presentándose en muchos distritos populares. Sabemos por referencias indirectas que en el distrito de San Martín de Porras, uno de los más antiguos distritos populares de Lima, existe, casi una pandilla por barrio que se enfrentan entre sí y generalizan un ambiente de violencia en todo el

---

<sup>10</sup> Los argumentos de Feria motivaron una respuesta contundente por parte de Vega Centeno, 1989.

<sup>11</sup> El término es de Coral, 1986.

vecindario. Están dirigidos por un líder (hombre) y presentan una serie de códigos de conducta e incluso éticos que los cohesionan fuertemente y que los vuelven temibles. Son muchachos (hombres y mujeres) en edad adolescente y que no tienen ninguna voluntad de continuar sus estudios, y menos de incorporarse a algún trabajo.

Por otro lado, Chávez de Paz, en su trabajo ya señalado, nos refiere que:

"el terrorismo, el asalto y robo y el tráfico ilícito de drogas representan en la actualidad las dos terceras partes de los delitos que se juzgan en los tribunales de justicia" (Chávez de Paz, Op. cit., p. 15).

Con respecto a las prácticas anómicas delincuenciales de los jóvenes populares, debemos señalar que, si bien pertenecen a los sectores más pauperizados y marginales de la sociedad, no parecen representar la tendencia mayoritaria.

Es evidente que estas prácticas pueden generalizarse ahondando el problema de descomposición social ya existente. Ante ello, la participación del Estado se vuelve más necesaria. Pero ella implica previa y necesariamente volver al Estado actual más representativo y democrático. De lo contrario, una política de juventud podría devenir en simple mecanismo de represión y clientelismo, reproduciendo los patrones tradicionales de relación entre el Estado y la sociedad. Pero al mismo tiempo implica la necesidad impostergable que, desde el plano social, se desarrolle una mayor conciencia crítica que funcione como eficaz contrapeso a las decisiones en las esferas estatales.

A modo de balance, diremos que las grandes limitaciones que vemos en esta perspectiva de análisis serían que: por un lado, tiende a extrapolar el comportamiento de los sujetos sociales a partir del deterioro de las condiciones de vida en que se desarrollan, sin atender las mediaciones existentes entre ambos; por otro lado, que las evidencias que muestra no son generalizables, que existen otros procesos que no ve, por ejemplo, el proceso de constitución ciudadana, tan importante en los últimos cuarenta años, cayendo en una suerte de catastrofismo que le impide aprehender la realidad en su globalidad. Comparando con la perspectiva del protagonismo popular diríamos, simplificando, que ésta peca por optimismo y la de la desestructuración lo hace por pesimismo. Lo cierto es que ambas captan parcialidades de la realidad, según los ejes de sus respectivos análisis y contextos en los que se producen, motivando lecturas sesgadas de la situación nacional.

## La perspectiva cultural-subjetiva

La crisis total que agobia al país se expresa no sólo en los procesos estructurales de la sociedad, sino que también llega a introducirse en la propia identidad, colectiva e individual, que se desarrolla en un contexto sumamente conflictivo, generando sentimientos de pertenencia poco definidos y con una sensación de desarraigo e incertidumbre muy grande. Es una identidad muy distinta a las que se desarrolla en tiempos de relativa estabilidad política, económica y social que posibilita desarrollar referentes más sólidos y estables.

Es así que el estudio de las nuevas identidades que surgen y desarrollan en nuestro país cobra cada vez mayor terreno. Si antes los análisis de la realidad estaban orientados a conocer las estructuras y los procesos "objetivos" (dependencia, marginalidad; sub-desarrollo, etc.) hoy es cuando más claramente aparecen sus límites. En la actualidad, para reconocer con mayor certeza la profundidad de la crisis, es necesario llegar hasta el hombre mismo, a los sujetos de carne y hueso que la viven y que la sienten, para desde él y sus expectativas, poder ir reconociendo los tenues perfiles del nuevo país que está emergiendo.

Quizás nunca como ahora se agolpan todas las preguntas fundamentales de nuestra historia: ¿qué somos?, ¿qué queremos ser?, ¿adónde vamos?, etc. Preguntas que tienen sentido no sólo en términos colectivos (problema nacional)<sup>12</sup>, sino también en términos individuales.

Vivimos tiempos en que todo busca ser revaluado, redefinido (el presente trabajo se entiende también por este contexto), incluidos los sentimientos, las auto-percepciones, las identidades, las mentalidades, los prejuicios, etc. Es en esta búsqueda que aparecen con total claridad las limitaciones de las dos perspectivas antes reseñadas, como expresiones, a su vez, de lo que se ha denominado crisis de paradigmas. Se vuelve preciso, entonces, tratar de dar respuestas a los problemas planteados desde nuevas interpretaciones. Así, las Ciencias Sociales necesitan de nuevas herramientas de análisis, constatando la urgencia de un estudio interdisciplinario para interpretar la realidad del país. Aparece entonces con fuerza la

---

<sup>12</sup> Un índice es la cantidad de artículos, libros, conversatorios que durante la década del 80 se hicieron con respecto a temas como el problema nacional, la cultura nacional, la identidad nacional, el proyecto nacional, etc.

necesidad de interiorizarse en el mundo subjetivo de las personas, en cuyo conocimiento el Psicoanálisis y la Psicología ocupan un lugar fundamental.

De lo que sí dan cuenta las perspectivas anteriores es que el Perú ha cambiado, que el surgimiento de nuevos actores sociales y de nuevos procesos jalonean, tensan a la sociedad en direcciones opuestas. Pero al final de cuentas, la resolución en uno u otro sentido pasa necesaria e indefectiblemente por la acción concreta de las personas. Y son los cambios producidos al interior de éstas los que no han sido abordados, generalmente, hasta la década pasada. Como señala Gonzalo Portocarrero:

"Hoy tanto la estructura de clases como su correlato subjetivo -el repertorio de identidades con el que las personas se clasifican entre sí- carecen de la transparencia y generalidad propia de una sociedad con fuertes características coloniales y estamentales tal como era el caso de Lima hasta 1950" (Portocarrero, 1985; p.67)

Es decir, el Perú ha cambiado no sólo social y políticamente, sino también en la propia forma de mirarnos y de imaginar el futuro (McClauchlan y Acosta, 1988). De esta manera, los moldes tradicionales de entendernos y sentirnos como peruanos, al menos de la manera como ha sido transmitida desde la educación oficial, han sufrido modificaciones, y esto se expresa de manera especial en los jóvenes:

"...los jóvenes de hoy no se identifican con el Perú en la forma como pretendía el nacionalismo tradicional. No se sienten como síntesis plasmada entre lo español y lo indígena. No obstante, reclaman tanto una identificación plena con **'lo nuestro'** como una meta común a todos los peruanos. La vitalidad del nacionalismo peruano no consiste tanto en ser una lealtad hacia algo definido, cuanto en ser anhelo, y una carencia sentida con sinceridad; es decir, con pena, esperanzas y deseos de **'hacer algo'** (Portocarrero, 1988; p. 21).

De esta manera, hay un cuerpo de valores, tradicionalmente aceptados como inamovibles que hoy los jóvenes cuestionan, puesto que no sienten que respondan a las múltiples urgencias que afrontan en la vida diaria.

Pero la angustia del joven por no saber a qué valores aferrarse ni qué lugar ocupa en la sociedad no está asociada solamente a la crisis de los modelos tradicionales de identidad provenientes del Estado, al que se ve como lejano y externo, sino que también se extiende con respecto a los que tiene al lado, es decir, los otros

jóvenes con los cuales muchas veces siente más distancia que identificación por motivos de ubicación en la estratificación social y por conflictos culturales<sup>13</sup>.

De esta manera, el joven perteneciente a las clases populares, como afirma Imelda Vega Centeno (1988), se encuentra entre la crisis social y la crisis cultural. El joven popular es además mestizo, y esta combinación lo presenta como un ciudadano de segundo orden, en una situación de desventaja y ambigüedad. Tanto por el proyecto de nación mestiza que no llegamos a ser, como por la marginación de la que es objeto por parte de la sociedad blanca con la cual, sin embargo, quiere identificarse. Por ello es que se avergüenza del hecho de ser mestizo. Esta situación genera en el joven un "comportamiento contracultural de fuerte carga destructiva", en donde la violencia es cotidiana, y en la cual el joven agrede para evitar ser agredido.

En el mismo sentido de buscar claves que expliquen los fundamentos de una identidad cultural en el joven popular, Ana Lucía Cosamalón aborda el problema del ser cholo, explorando qué sentimientos genera la palabra misma y cómo se ubican los jóvenes frente a ella. La persistencia de la asociación en muchos sectores sociales de que ser blanco se convierte en sinónimo de status, progreso, éxito y, por otro lado, que el de ser cholo es igual a decir pobre, marginado, delincuente, explica por qué nadie quiere sentirse cholo:

"...para el joven popular ser llamado cholo es motivo de silencio, conflicto, vergüenza y evasión, es una palabra que ofende y duele. Sobre la situación de pobreza de la juventud se superpone la realidad de ser cholo, generándose una doble marginación social. El problema por tanto, es doble para el joven, transformar las condiciones económico-sociales y valorar la propia identidad racial" (Cosamalón, 1990; p. 29).

Ser mestizo o ser cholo, cualquiera que sea la palabra que se utilice, remite a un problema central en el Perú: el racismo, el cual, como señala Portocarrero (1990),

"...impide que los individuos se reconozcan mutuamente como iguales, prójimos. Dificulta el desarrollo de la solidaridad y la integración social. Perpetúa la fragmentación y estimula el antagonismo. En nuestro país el racismo está declinando, pero sobre todo en el terreno de las opiniones, en la ideología, en el dominio público. En las sensibilidades colectivas, en los modos de comportarse, en el dominio de lo privado, el cambio es mucho más lento.

---

<sup>13</sup> Ver, por ejemplo, Portocarrero y Arrieta, 1985.

En el Perú el racismo ha sido, y aún lo es, el principio antidemocrático por excelencia. El factor responsable de que la democracia haya avanzado tan poco, con tanta dificultad y lentitud" (Op. cit., pp. 12-13).

### **Desde los ojos de los jóvenes**

La preocupación que atraviesa a todos estos estudios es la de conocer qué posibilidades existen de poder construir una identidad colectiva, nacional, cuando, por un lado, se descomponen modelos de valores tradicionales y, por otro, persisten conflictos y prejuicios desde mucho tiempo atrás. Pero a esta inquietud urgente se une la búsqueda por acercarse al mundo más individual, subjetivo e íntimo de los jóvenes. Desde esta perspectiva, se relleva el hecho mismo de que la juventud es una etapa de desarrollo psicológico, aspecto pasado por alto en las otras perspectivas reseñadas líneas arriba, y que ello implica tratar de mirar con otros ojos y, sobre todo, desde los ojos de los jóvenes, su propia realidad.

Esto significa que se parte del reconocimiento de los jóvenes como actores sociales donde el mundo social no será "la realidad", sino una variedad de realidades con reglas y significados propios de cada práctica. Los tipos de realidad guardan relación con los tipos de participación y las distintas instancias de realidad que integran el mundo de la vida, cuyo nivel primordial es la vida cotidiana. El estudio de este mundo de la vida, en consecuencia, requiere asumir el punto de vista del participante antes que el del observador, para alcanzar una comprensión de los procesos de interacción (Nugent, 1990).

Por ejemplo, en las perspectivas anteriores hemos visto el contexto de violencia y agresividad en el que se desarrollan los jóvenes, pero poco se ha visto cómo los jóvenes la sienten, interpretan y se sitúan frente a ella. Portocarrero busca subsanar este vacío. Basado en resultados de entrevistas hechas por su equipo, y tomando como caso el problema central de la violencia, el autor llega a la conclusión que

"...en la juventud prima un rechazo al violentismo y una alta valoración de la paz junto con la demanda por una sociedad más equilibrada. Para la inmensa mayoría de los jóvenes, la violencia se justifica sólo como defensa ante una agresión o ante un derecho conculcado o, por último, como sanción, pero de ningún modo como un fin en

sí misma ni como descarga tensional. A pesar de que esta diferencia entre violencia como medio o como fin no aparece así conceptualizada, la mayoría de las veces los jóvenes condenan las acciones ahí donde intuyen que la violencia se ha convertido en un fin en sí misma, en un hecho placentero.

Pero el violentismo, el culto a la fuerza y la prédica del odio existen sobre todo como actitud, como impulso o presión emocional que torna incoherentes las opiniones o, en todo caso, las convierte en abierta negación de los valores fundamentales de nuestra sociedad" (Op. cit., pp. 64-65).

En la misma línea, María Angela Cánepa, corroborando la necesidad de realizar el análisis de los procesos sociales a partir de la percepción que de ellos tienen los sujetos mismos, en este caso los jóvenes, y estableciendo las diferencias generacionales que separan a éstos de sus padres, señala que:

"...esta generación le otorga un peso mayor a la reivindicación de su subjetividad, comprobación que registra esto como determinante de sus vínculos sociales. Nos parece una idea sugerente, y hemos encontrado una mayor capacidad en los jóvenes de ahora para hablar de su sentir, para reconocer aspectos de su afectividad. O, dicho de otro modo, en algunos casos es ponerse ellos mismos como primer tema, asunto fundamental a resolver, y no recurrir tanto a 'rodeos con otros temas' -citando a un joven- para encontrar pistas de identidad" (Cánepa, 1990b; p. 60).

Desde este modo de encarar el asunto es que se puede comprender mejor el significado y la trascendencia que tiene para el joven el participar en grupos:

" El grupo, espacio que el joven busca para transitar acompañado un periodo difícil de su vida, es una segunda versión de lo familiar, donde las normas serán (esta vez) ensayadas y modificadas por jóvenes y entre jóvenes, ejerciendo, algunos de ellos, roles de liderazgo. Este 'ensayo' de vida social, en un grupo de pares, es también el lugar donde surgen las diferencias, las jerarquías, las nuevas autoridades, la rivalidad, el amor, el afecto, la tensión. Y en presencia de todo ello, de las identificaciones y definiciones lentas y reversibles, se va dando el crecimiento, el conflicto, el ejercicio de una vida social y un papel activo en ella...

Concebir la impulsividad, la pasión, la ingenuidad que los jóvenes también invierten en sus asociaciones como 'trabas', es concebir la fuerza impulsora del desarrollo humano y colectivo auténtico, como un estorbo. Es, pues, empobrecedor y grave, en el sentido de cancelar un potencial y buscar un mecanismo repetidor, sin mediaciones ni matices, indiferenciado" (Op. cit., p. 75).

Para Cánepa (1990a; 1990b) los espacios de encuentro que los jóvenes propician están motivados por, entre otras cosas, búsqueda de afecto:

"Las tareas organizativas son un medio de inserción y búsqueda de sentido social, la agrupación es un encuentro con 'otros' que sirven de objeto de afecto, identificación y rechazo, para ensayar formas de comunicación y relación posibles y propias; la ideología del grupo es un esquema que norma, ordena y simplifica el pensamiento y los sentimientos, el sentirse parte de un todo mayor permite vivenciar una potencia de la que carece estando solo" (1990a; p. 164).

Usualmente, pues, la organización y acción de los grupos juveniles y de cualquier tipo en general han sido en extremo racionalizadas con un criterio utilitario de relación medio-fin. Quizás la potencialidad de desplegar un trabajo colectivo más amplio pase por el reconocimiento de este aspecto más íntimo y humano. Pero sobre lo que hay que llamar la atención, para tener un cuadro más completo, es que el afecto no es el único móvil para organizarse, que es un factor más personal, pues hay también un sentido de voluntad de servicio a la comunidad, que es un elemento más colectivo y social.

Desde esta misma perspectiva, por ejemplo, Rosa Ruiz Secada y María Angela Cánepa, han realizado un interesante trabajo con varios grupos de jóvenes del Cono Norte (1986) en donde, a partir de lo que piensan los propios jóvenes, van analizando los distintos problemas que afrontan y tienen que resolver, a saber, la relación con la familia la cual produce sentimientos ambiguos, de reconocimiento de lo que aprendió en ella y de necesidad de ruptura para iniciar otra etapa; la manera cómo se mira al grupo y a sus integrantes, los conflictos entre las distintas personalidades, entre líderes y entre sub-grupos, la desproporción entre las metas planeadas con las posibilidades reales de los grupos, etc.

Por otro lado, Portocarrero, aunque tomando otro sujeto de análisis, niños que tienen entre 12 y 14 años de edad y de diferentes estratos sociales, propone una nueva manera de acercarse a los sujetos vía el análisis de lo imaginario, al que considera como " la vía más franca para conocer la vida interior de los individuos" (Portocarrero, 1989; p. 12):

"Una Sociología de lo fantástico tendría como tarea determinar vivencias e ideas dominantes en una colectividad. Se trataría de explicar estos sentimientos en base a las condiciones de vida y, de otro lado, conjeturar en qué circunstancias y hasta qué punto esas emociones, esas ideas, pueden convertirse en motivos para la acción, en factores que impulsan determinados comportamientos. La Sociología de lo fantástico debería establecer la realidad de los deseos de un grupo social" (Loc cit.).

Otra manera interesante, aunque poco explorada, es la que proponen Juan Biondi y Eduardo Zapata (1989 y 1990) desde la Semiología, que permite conocer los significados que los jóvenes manejan sobre la violencia. Pero es claro que un diálogo interdisciplinario entre estos distintos enfoques, que son novedosos, y con otros, como los que hemos visto anteriormente, es aún embrionario<sup>14</sup>.

Aun así, podemos detectar algunos aportes que esta perspectiva ha proporcionado para poder superar la crisis de las interpretaciones globales, a saber: a) reflexionar sobre la profunda crisis de sentido que atraviesa a los peruanos de hoy, remitida fundamentalmente a la vida privada e individual y, a partir de ella, en relación a diferentes instancias en las que desarrolla su acción (llámese grupos, organizaciones, militancia partidaria, etc.). En otras palabras, la búsqueda por hallar un nuevo sentido a la vida propia es también la búsqueda difícil por hallar un nuevo sentido a la vida colectiva y nacional; b) la revaloración de realidades no estructurales para dar paso al estudio de las mentalidades, de la vida subjetiva de las personas, las mismas que fueron vistas anteriormente como complemento o encarnaciones de los procesos "objetivos"; c) el reconocimiento de que lo que piensan las personas de sí mismas es también parte del problema, puesto que éstas actúan no solamente de acuerdo a lo que son, sino también a lo que creen y quieren ser; d) el reconocimiento de que las identidades personales y sociales son construcciones que se dan en relación con los demás, y que no son edificaciones arquetípicas en las que no cuentan las relaciones establecidas con la sociedad global; e) finalmente, y yendo directamente al tema que orienta nuestra investigación, es que la perspectiva cultural-subjetiva es privilegiada para rastrear con mayor fineza el nuevo cuerpo de valores de la cultura política que está emergiendo en el país y, dentro de él, de la que están formándose los jóvenes en el Perú de hoy.

---

<sup>14</sup> Un buen intento de combinar Sociología, con Psicoanálisis e Historia, se encuentra en la revista **Debates en Sociología**, 1986.

En relación con las otras perspectivas, podemos encontrar algunos puntos de encuentro: con la perspectiva del protagonismo popular, la valoración de los espacios grupales como ámbitos de socialización y afectividad y, con la de la desestructuración, la preocupación por que aquellos elementos que puedan volver permanente y extensible la descomposición sigan ganando terreno, tanto en el plano colectivo como en el personal.

La revisión bibliográfica realizada nos ha permitido conocer las distintas perspectivas desde las cuales se aborda el problema de la juventud, popular en particular, y las imágenes que de ellas se desprenden: limeño, marginal, obrero, como militante dispuesto del senderismo, miembro de grupos, ciudadano, etc. Además de ofrecernos un cuadro de los diferentes ámbitos en que se desarrolla, buscando entender sus motivaciones, contextualizar sus experiencias y cómo trata de satisfacer las necesidades específicas que lo urgen.

Pero lo más importante de este recorrido son los temas que deja planteados: la relación entre organizados y no organizados, lo social con lo político, la convivencia de elementos de desestructuración con los de integración, la correspondencia o no de los procesos estructurales con los de orden subjetivo, el reconocimiento de la realidad que vive el joven con los problemas del país, etc. Problemas que sólo son absueltos de manera parcial y a los que, cada vez de manera más urgente, se necesitan dar una explicación integradora. El reto es sumamente difícil, y creemos que sólo será resuelto en la medida que establezcamos un diálogo entre todos aquellos que compartimos la misma preocupación. Es éste el espíritu que anima al siguiente capítulo, proponer algunas hipótesis e intuiciones con el fin de contribuir a dicho diálogo.